



Gemma Lienas

La tribu de
CAMELOT



Con
olores y
tintas super
mágicas

Carlota
y el misterio del canario robado

DESTINO

CAPÍTULO 1



El jaleo del canario



Todo aquel jaleo empezó un jueves por la tarde cuando Marcos y yo estábamos merendando. Entonces yo no sabía que el jaleo del canario se acabaría convirtiendo en el primer misterio para la Tribu de Camelot. Pero es que en ese momento ni siquiera sabía que al día siguiente iba a proponer a Mireya, a Berta, a Eli, a Miguel y a Sa'îd —o sea, la gente de mi pandilla— que formáramos la Tribu de Camelot.

Mi hermano Marcos y yo estábamos a la mesa, zampándonos una taza de chocolate que sabía de muerte. Lo había preparado la abuela



Ana, que los jueves por la tarde es nuestra canguro mientras papá y mamá están en el curro.

Merlín paseaba su cola negra por la cocina. Bueno, no sólo su cola, también su cuerpo, negro y esbelto. Y se frotaba contra mis piernas, reclamando su ración.





—El chocolate no es lo mejor para un gato, Carlota —dijo mi abuela, inclinando el periódico y mirándome por encima de las gafas de leer.

Yo me había agachado y estaba dejando la taza en el suelo para que Merlín la rebañase.

—Sólo un poco —respondí.

La abuela me guiñó un ojo y volvió a meterse en el periódico.

—Y otro poco —dijo Marcos.

Pero no fue un poco, sino media taza, porque Marcos no podía con lo que le quedaba.

—Eso te pasa por repetir, microbio.

El microbio tiene tres años menos que yo.

—¡La lista! —dijo él, que a veces resulta bastante impertinente.

Merlín había conseguido dejar mi taza reluciente y se aplicaba con la de Marcos.

Merlín se llama Merlín porque mamá se emperró. Por lo visto, el tal Merlín era un mago que vivió hace siglos y fue un buen



amigo y consejero de Arturo, el tipo que consiguió arrancar la espada Excalibur de la roca en la que estaba clavada y que por eso fue rey.

A mamá le encantan las leyendas de este rey

y nos las cuenta a menudo.

Bueno, la verdad es que nos

explica siempre muchas his-

torias y nos lee muchos

cuentos, porque mi madre

flipa con los libros. Por esa

razón se hizo bibliotecaria.

Antes trabajaba en una

biblioteca que quedaba

muy lejos de casa, pero

desde hace un tiempo

se ha cambiado a la del

barrio.

A mí me parece

bien que nuestro gato

se llame Merlín, por-

que es bastante má-

EL REY ARTURO

Hace mucho, mucho tiempo, en Bretaña, una zona de la costa de la actual Inglaterra (Gran Bretaña), nació un niño llamado Arturo. Era hijo del rey. Sin embargo, no se educó en la corte porque el mago Merlín lo reclamó para llevárselo con él, ya que así lo había pactado con el rey. Arturo creció y se educó junto al hijo del mago Merlín.



gico, aunque papá y mamá no me creen cuando se lo digo. Lo crean o no, Merlín habla por las noches conmigo. Y aunque a veces parece que se burla de todo y que me toma el pelo, es muy buena gente y se puede confiar en él.

Justo cuando Merlín había terminado de lamer la taza de Marcos y éste ya había organizado su barco pirata con dos sillas del comedor, sonó el timbre de la puerta.

—Ve tú, Carlota —dijo la abuela.

Fui a abrir y me encontré con Rosa, nuestra vecina.

Rosa es la persona más genial de este mundo y, aunque es mucho mayor que yo, porque tiene 15 años, es muy colega.

Rosa entró en casa con cuidado de no ra-








La Flauta Mágica

En esta ópera, el príncipe Tamino, al ver una foto de la princesa Pamina, se enamora de ella. La princesa Pamina, hija de la Reina de la Noche, ha sido raptada por el malvado Sarastro. Tamino, ayudado por Papageno y una flauta mágica, consigue vencer a los carceleros y rescatar a la princesa.

 yar las paredes. Yo sabía que la abuela diría lo de siempre:

—Hay qué ver, Rosa. Parece mentira que construyan los pisos sin pensar en la gente que va en silla de ruedas.

Yo esperaba que Rosa contestara también lo de siempre: «Eso lo arreglaré yo cuando haya terminado la carrera de arquitectura». Y sin embargo, no lo hizo.





Me extrañó, y sólo entonces me di cuenta de que Rosa parecía casi a punto de echarse a llorar. La abuela lo notó en el mismo instante que yo.

—¿Qué pasa, Rosa? —dijo, poniéndose de pie.

—Papageno se ha escapado.

—¡¿Qué?! —gritamos Marcos y yo a la vez, dispuestos a salir corriendo en busca del canario de Rosa.

Papageno es un canario superespecial: sabe silbar ópera. Más concretamente, silba trozos de *La Flauta Mágica* de Mozart y, aún más concretamente, el fragmento en el que cantan Papageno y Papagena.

—No puede ser —dijo la abuela, que conoce la pasión de Rosa por su canario.

—No puede ser —dije yo, que conozco a Papageno y sé que jamás se iría del lado de Rosa.

—¡Voy a buscarlo! —dijo el microbio de mi





hermano, que ya se creía Superman, por lo menos, o el pirata Rackman, que es lo suyo.

—Quieto ahí —dijo la abuela agarrándolo de un brazo.

—Tripulación: a sus puestos de nuevo —gritó Marcos, y entró de un salto en su barco pirata.

La abuela le miró con aprobación y dijo:

—Eso. Todos quietos, y que Rosa cuente qué ha ocurrido.

Rosa nos explicó que un mensajero había ido a su casa a recoger un envío y, mientras ella retrocedía por el pasillo para hacerse con el paquete que estaba preparado en la sala, el pájaro debió de

Papageno

Es un personaje gracioso de *La Flauta Mágica*. Papageno lleva consigo pájaros a los pueblos vendiéndolos. Papageno es simple, aunque buena persona. Se ve metido en una aventura extraña porque se ve obligado a casarse con Papagena, la hermana de Tamino, el protagonista de la ópera. Papageno se pasa el rato suspirando por encontrar una mujer de la que enamorarse y que se enamore de él.





aprovechar que la puerta estaba abierta para volar hacia la escalera.

—Pero si nunca lo había hecho —le dije, muy extrañada por ese comportamiento de **Papageno**, acostumbrado a volar libremente por el piso con las ventanas abiertas.

—Es verdad —dijo Marcos—. Si en verano algunas veces viene de vuestra casa a la nuestra pasando por el exterior, de una ventana a otra.

—Pues será que es un animal y, por lo tanto, imprevisible —tuvo que admitir Rosa.

—Bueno, no creas, también





hay personas imprevisibles —advertí yo, pensando en mi madre y en mí misma.

—¿Y el mensajero qué ha dicho? —preguntó la abuela.

—Ha dicho: «El pájaro se ha largado».

—¡Qué amable! —murmuró la abuela—. ¿Y no ha hecho nada por cazarlo?

—¿Qué querías que hiciera? —dijo Rosa.

—No sé —respondió—, quizá podría haberle tirado por encima esa chupa de lona que siempre llevan.

—Pues no. Se ha quedado apoyado en el quicio de la puerta y, cuando yo he regresado con el paquete, me ha dado la mala noticia.

La abuela movió la cabeza:

—¿Habéis ido a mirar por la escalera? Tal vez esté en algún rellano y no sabe regresar a casa.

—Mamá ha bajado andando hasta el portal y no lo ha encontrado —dijo Rosa. Y luego puso cara de circunstancias.





—¿Tienes alguna idea? —le pregunté.

Rosa dudó:

—Tal vez lo haya encontrado algún vecino y se lo haya quedado.

—Mujer, eso sería muy mala idea.

—Habrá sido sin mala intención, sin saber que es mi canario.

—Igual ha sido Mordret.

—¿El quiosquero, quieres decir? —preguntó la abuela.

—Claro.

Mordret es el quiosquero loco de nuestro barrio. Le llamamos Mordret, que es uno de los personajes de las leyendas artúricas, porque es tan malo, malísimo, como el legendario. Su quiosco está delante de nuestro portal, así que no hay forma de evitarlo, lo que para mí y para Marcos es una auténtica pesadilla, porque el tipo nos odia. En realidad, no puede soportar a ninguna niña ni a ningún niño. Y siempre que puede, nos hace alguna trastada.





—Eso. Mordret —insistió Marcos con un pie en el travesaño de una silla, ya dispuesto a desembarcar de nuevo y lanzarse a interrogar al quiosquero.

—Pues se lo vamos a preguntar —dije.





Con permiso de la abuela y los consiguien-tes morros del microbio, que tenía que que-darse esperando, bajé a la calle y, con todo el valor que pude reunir en mi barriga, me dirigí a Mordret.

—Perdone... ¿Ha visto salir volando un ca-nario de ese portal? —Y señalé el nuestro.

Mordret me miró con los ojos entrecerra-dos para que no le diera en ellos el humo del apestoso puro que siempre fuma. Me miró desde lo alto de su enorme corpachón.

Yo me sentí como una mosca y me pre-gunté si iba a aplastarme de un manotazo.

Mordret apretó los dientes con fuerza con-tra la punta del puro y colocó los brazos en ja-rras: las mangas de su camiseta, que eran muy cortas, subieron todavía un poquitín más hacia las axilas. De aquel modo, aún era más visible el tatuaje sobre lo que habría sido un bíceps en cualquier persona, y que en él no era más que una bola de grasa.



La cabeza de serpiente del tatuaje me enseñaba los colmillos. Tragué saliva.

—¿Ha visto un pájaro amarillo volando?
—dije, porque pensé que tal vez ignoraba cómo era un canario.

Sin quitarse el puro de la boca, Mordret movió la cabeza para negar que ningún pájaro

hubiera salido del portal. Luego, se me quedó mirando con las cejas muy arqueadas.

Como no parecía dispuesto a ventilar más información que aquella, le di las gracias y regresé a casa.

—Sin pistas
—conté—, pero, por lo menos, he sobrevivido.





—No digas tonterías, Carlota. Que el pobre quiosquero tiene muy mala fama pero es incapaz de matar una mosca —dijo la abuela.

—Eso te crees tú —le dije mientras Marcos me observaba con pinta de darme la razón.

—¿Y ahora qué hacemos? —dijo Rosa, que, evidentemente, no iba a quedarse cruzada de brazos.

Nos pusimos a pensar. A mí no se me ocurría nada.

—Ya sé —dijo Rosa—, podríamos preparar carteles con la foto de Papageno y nuestro teléfono y pegarlos en la escalera y en el barrio.

—Buena idea. De este modo, si alguien lo ha encontrado, sabrá dónde tiene que devolverlo —dijo la abuela.

Y nos dijo que fuésemos a buscar papel y rotuladores de colores. Mientras, Rosa fue a su



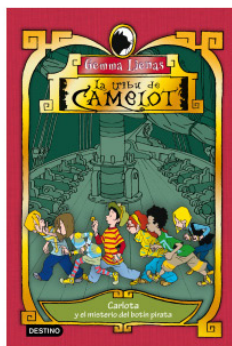


casa a por una foto digitalizada de Papageno de la que sacó copias con la impresora.

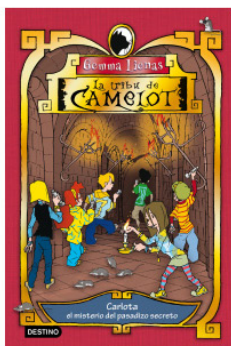
Cuando por la noche llegaron mamá y papá, no sólo habíamos terminado los carteles, sino que yo había tenido tiempo de colgar todos los de la escalera y también de conectarme al Messenger y contarles a Eli y a Mirreya, que también estaban conectadas, el jaleo del canario.



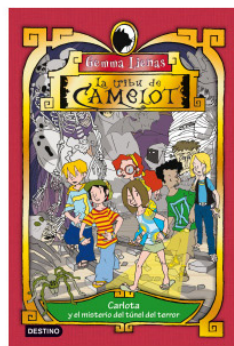
Colecciona los libros de La Tribu de Camelot



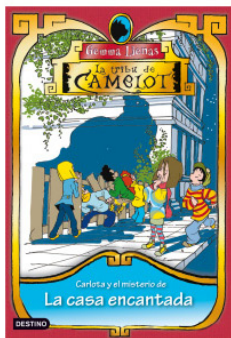
Carlota y el misterio del botín pirata



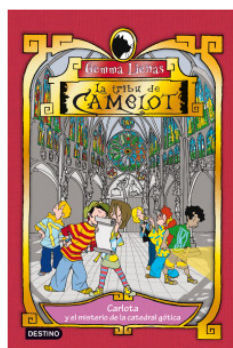
Carlota y el misterio del pasadizo secreto



Carlota y el misterio del túnel del terror

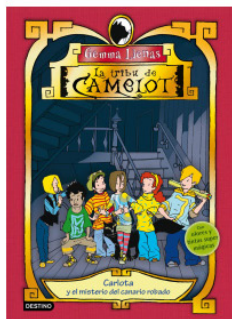


Carlota y el misterio de la casa encantada

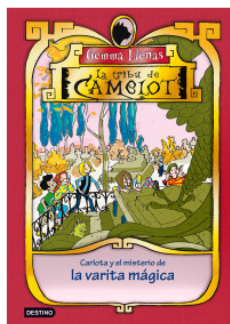


Carlota y el misterio de la catedral gótica

Libros especiales de La Tribu de Camelot



Carlota y el misterio del canario robado



Carlota y el misterio de la varita mágica

Con
olores y
tintas super
mágicas